

EL SILENCIO DE LA LIBERTAD

J. S. Baños

**Muestra descargable ofrecida gratuitamente en el sitio web de Belaontzi:
www.belaontzi.com**

© 2017, J. S. Baños

Segunda edición: octubre de 2022

Primera edición: octubre de 2017

© 2022, Belaontzi

www.belaontzi.com

Diseño de la portada: Belaontzi

ISBN-13: 979-8358979147

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los responsables del sello editorial. Asimismo, queda prohibida la venta de esta muestra previa del libro, ni en todo ni en parte, descargable exclusivamente desde el sitio web de Belaontzi de manera gratuita.

BO 0 0 0 0 3

I

Después de varios días de lluvia y cielo encapotado, era de agradecer que luciese un espléndido sol.

David era un hombre alto y vigoroso, había cumplido los 82 años de edad y él creía que aún le quedaban energías para poder dirigir sus negocios. Hacía tiempo había transferido los poderes a sus hijos. Tan solo iba de vez en cuando y se limitaba a observar. Si veía algo que era de su agrado, se lo comunicaba a sus descendientes, y si por el contrario lo que observaba no le gustaba, se lo guardaba para él, y más tarde se lo explicaba a su esposa Montserrat. De esa forma no se entrometía en la labor que sus hijos hacían y que por otro lado estaba dando muy buenos resultados, cosa que él nunca obtuvo, claro que entonces eran tiempos difíciles.

Decidió que, como hacía sol, saldría a pasear por las viñas que rodeaban su casa, en la localidad barcelonesa de Vilafranca del Penedés. Así se lo hizo saber a su querida esposa y esta le ordenó con tono afable, pero a la vez decidido y que no admitía réplica:

—Ponte las botas y no te olvides del bastón.

—Sí, mujer, ahora me calzo las botas y voy en busca del bastón, aunque no veo la necesidad de ello.

—¡Será posible! —exclamó la mujer—. Con lo que cojeas y aún te resistes a usarlo.

—No te enfades, que te lo decía de broma —dijo David de forma conciliadora.

Una vez se hubo equipado, salió de su casa y se adentró en la campiña. La tierra estaba blanda por la lluvia caída en los días precedentes. Con gran satisfacción, respiró profundamente el aire fresco y agradable, a la vez que olfateaba el aroma de las cepas mezcladas con el olor de las hojas y de los racimos de uva y que con la humedad ambiental le resultaba un tanto embriagadora. Pensó que aquel año podrían tener una buena cosecha, si las plagas como la filoxera, el mildiu o cualquier otra inclemencia del tiempo no causaban estragos.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no se percató del tiempo que había transcurrido. Era ya cerca de mediodía y pensó que su mujer estaría preocupada por su tardanza, así que decidió regresar. Iba con paso lento, pero a la vez decidido, quería llegar lo antes posible.

Llegó a su casa y se sentó en una butaca de mimbre que tenía en el porche, estaba algo cansado. Cerró los ojos para que descansase su vista, que ya no era tan buena como antes. Empezó a quedarse adormecido, aunque no tuvo tiempo de ello, ya que llegó la adolescente e inquieta de su biznieta María, de 13 años. Era la primera hija de su otra nieta Ana. Después de besarle, le preguntó a bocajarro:

—David, ¿tú estuviste en la guerra? —nunca le llamaba abuelo o bisabuelo.

—¿Para qué quieres saberlo? —respondió.

—Tengo que hacer una redacción de cómo era la España de los años 30 y de la guerra, y he pensado que de eso tú sabes mucho, ¿verdad?

—Sí, algo sé, pero no te vayas a creer que soy una enciclopedia —dijo el anciano riendo.

—Qué cosas tienes... —dijo muy seria, y también preguntó—: ¿Verdad que también eras policía?

—Sí, antes de dedicarme a las viñas y al campo, fui policía.

—Nos tienes que contar todo lo que recuerdas.

—¿¡Nos tienes!?! ¿A quién os tengo que contar mi vida? —preguntó David extrañado.

—A mí y a tres compañeras —respondió María, y aclarando las dudas de su progenitor, añadió—: Tenemos que hacer un trabajo juntas, o como decís los mayores, en equipo.

—Si vosotras podéis soportar a un viejo caduco, yo os cuento todo lo que recuerdo que aquella época —dijo riendo.

—Gracias, eres estupendo. Y no eres un viejo caduco, tal vez algo cascarrabias. ¿Podemos venir esta tarde? —dijo la niña, haciendo una mueca picaresca con los labios y que realmente resultaba graciosa.

A David le hizo gracia lo de cascarrabias.

—Podéis venir cuando queráis —le dijo a María con una sonrisa.

Cuando su biznieta se fue, David empezó a recordar y por su mente pasaron escenas que tenía olvidadas, o creía tener olvidadas. Empezó a poner en orden sus ideas y lo que les iba a explicar, no quería de modo alguno que aquellas jovencitas pensasen que estaban delante de un anciano chocho que no sabía relatarles una historia. Su propia historia.

II

Nací en 1908. Era el segundo hijo. Mi hermano mayor Ramón tenía 2 años, y tres años después nació mi hermana Nieves. Mis primeros años de vida los recuerdo muy vagamente. Tan solo recuerdo que cuando yo tenía cuatro años, mis padres se separaron. Mi padre quería ir a vivir a Logroño, concretamente a Nájera, donde tenía unas tierras abandonadas y las quería trabajar. Mi madre no quiso abandonar Barcelona. Él se marchó y más tarde conoció a Pascuala, con la que tuvo relaciones e iba a tener otro hijo.

Mi padre quiso hacer bien las cosas, así que lo primero que hizo fue volver a Barcelona y hablar con mi madre. No estaban casados legalmente. Mi madre, antes de conocer a mi padre, se había casado con otro hombre y su matrimonio no fue nada feliz, y de mutuo acuerdo se separaron. Como el divorcio no existía legalmente en España, simplemente decidieron ir cada uno por su lado. Mi padre, ante notario, se comprometió a pasarle una cantidad fija cada mes y mi madre no puso reparo alguno a que fuera dichoso con otra mujer, ya que quería a mi padre, así que aceptó sus deseos plenamente sin objetar nada. Más tarde y de regreso a Nájera, mi padre contrajo matrimonio con Pascuala.

Recuerdo que en mi casa nunca faltó de nada. Mi padre, tal y como se había comprometido, enviaba dinero cada mes, y cuando era el santo o cumpleaños de alguno de nosotros nos mandaba algún obsequio. Eso sí, yo encontraba que me faltaba la presencia y el cariño de mi padre, mis dos hermanos también lo echaban en falta.

Cuando cumplí los cinco años, mi padre me mandó una bicicleta y me escribió una carta en la que me decía que iba a tener otro hermanito, nació unos pocos meses más tarde y le pusieron por nombre Benito. Dos años después nació otro hermano, al que bautizaron con el nombre de Justo.

En el verano de 1917 hice mi primer viaje a Logroño juntamente con mis dos hermanos. Por aquel entonces yo tenía 9 años. El viaje lo hicimos en tren y tuvimos que cambiar de convoy en Zaragoza. Mi hermano Ramón, que siempre fue muy espabilado, nos guiaba y nos protegía y no tuvimos ningún problema. Cuando llegamos a Logroño, mi padre nos esperaba en la estación con un coche de alquiler y nos llevó a su casa en las afueras de Nájera.

Allí conocimos a nuestros hermanos y a su nueva mujer Pascuala, era muy buena y siempre se portó maravillosamente con nosotros. Aquel verano fue inolvidable, eran las primeras vacaciones de nuestra vida y lo pasamos estupendamente, sobre todo cuando íbamos al río Najerilla a bañarnos y a jugar con el agua. Cada año volvíamos a ir y cada vez las vacaciones resultaban mejores, por lo menos para mí, que tan pronto como regresábamos a Barcelona, ya estaba pensando en las del año siguiente.

En unas vacaciones en casa de mi padre —yo había cumplido los trece años—, mi hermano pequeño se enfadó mucho conmigo, no consigo recordar el motivo. Como yo era bastante mayor que él, quise evitar la discusión, así que lo ignoré y creo que eso lo enfureció aún más, se me echó encima dándome puñetazos y patadas, lo aparté de un empujón defensivo y Justo cayó al suelo, se golpeó con una piedra y se hizo un rasguño en el hombro. Me echó una maldición por ello. A partir de ese momento, nuestra relación siempre fue fría y distante. Él tenía mucho orgullo y puedo asegurar que siempre hice todo lo posible para que nos lleváramos bien, pero era muy obstinado y nunca quiso reconciliarse conmigo. Siempre hablamos como si nada hubiera pasado, pero inevitablemente surgía algún tema en el que acabábamos discutiendo como el perro y el gato, aunque la conversación fuera trivial.

También recuerdo que un año, ya de vuelta de las vacaciones estivales y al inicio del curso escolar, conocí a una muchacha que se llamaba Montserrat, y puedo asegurar que inmediatamente me enamoré de ella. No se lo pude decir, ya que sus padres se marcharon a vivir a un pueblo de Gerona y lógicamente tuvo que abandonar el colegio a mitad del curso. Tardé muchos años en volver a verla.

* * *

En el año 1927 empecé a estudiar Derecho, quería ser abogado. La verdad es que estudiar leyes me fascinó desde el primer momento, sobre todo el derecho penal, y me pregunté si no sería mejor intervenir en la investigación de un delito, que no en defenderlo o acusarlo en un juzgado. Sin pensármelo dos veces, me presenté en la Jefatura de Policía y pregunté si yo podía ser también policía. Me dijeron que en aquel momento había una convocatoria abierta, debía rellenar una solicitud y ya me avisarían para pasar unas pruebas.

Mi madre, al enterarse, puso el grito en el cielo, diciéndome que si me había vuelto loco o qué, pero yo estaba decidido. Nada ni nadie podría cambiar mi decisión. Al fin mi madre se conformó, pero me hizo prometer que continuaría mis estudios de Derecho. Le contesté que iría por la noche a una academia, ya había mirado y me parecía digna. No le comenté que en realidad era un viejo y veterano profesor que impartía clases nocturnas a los que no podían estudiar durante el día.

Al cabo de unas semanas, me mandaron una convocatoria en la que me decían que tenía que presentarme el día 8 de junio de 1928 a las ocho de la mañana. Acudí puntualmente y me encontré con que había muchos aspirantes, calculo que seríamos unas quinientas personas para ocupar cuarenta plazas en toda Cataluña. Había gente de toda clase, muchos se presentaban por necesidad. Algunos eran padres de familia y estaban en paro, necesitaban un empleo para poder subsistir tanto ellos como sus familias.

Entablé conversación con un chico, algo mayor que yo, que respondía por el

nombre de Pedro Casas. Me invitó a una tableta de chocolate, me aseguró que siempre llevaba alguna tableta para suavizar las asperezas de la vida. Desde el primer momento nos hicimos muy buenos amigos.

Después de dos largas horas de espera, nos hicieron pasar a una sala donde tuvimos que cumplimentar un cuestionario. Algunas de las preguntas eran personales, otras de cultura general y también preguntaban por qué queríamos entrar en el cuerpo. Una vez hube rellenado el cuestionario, lo entregué a un agente y me dijo que esperase, que ya me llamarían. Al cabo de un buen rato, gritaron mi nombre.

—¡David Torres Puigdevall!

Me hicieron pasar a otra sala, donde había un tribunal que hacían más preguntas, algunas muy embarazosas, yo las fui contestando lo mejor que supe. Al final me dijeron que ya me comunicarían el resultado.

Pasaron tres meses sin saber nada, y cuando creía que ya no me llamarían y el desánimo se había apoderado de mí, recibí un comunicado en el que me citaban en jefatura. Acudí inmediatamente y me comunicaron que podía empezar a primeros de octubre.

Me puse muy contento, se podría decir que andaba flotando en el aire. Al verme en aquel estado de excitación, mi madre me preguntó:

—¿Qué te sucede? Cualquiera diría que te ha tocado la rifa.

—Aún mejor mamá, me han admitido —le contesté excitado.

—¿Quién te ha admitido? —preguntó un tanto asustada, y es que ya sabía o intuía la respuesta.

—La policía, ya soy policía —le dije, sin que mi alteración disminuyera ni por un momento.

—Virgen Santísima —dijo ella a la vez que se santiguaba.

En eso oí que se abría la puerta, era mi hermano Ramón que venía de trabajar. Sin saludarle siquiera, le comuniqué el contenido de la carta. Él me miró de arriba abajo, puso cara seria y de pocos amigos, aunque decidió no contradecirme al verme tan feliz.

—Felicidades hermano —me dijo fríamente.

—¿No te alegras?

—Qué quieres que te diga, tú vales mucho más que para ser un pasma.

—Pero es lo que quiero ser.

—Vale, de acuerdo, quieres ser policía, pues sé policía, pero que sepas que a mí no me gusta.

Le fui a replicar, pero con su mano me hizo una seña de que me callase, que no había acabado.

—Mira David, tú podrías haber sido abogado, ya que estudiar se te da bien. Ya sabes que a mí nunca me han gustado los estudios y mira en qué situación me encuentro, trabajando en una fábrica por un mísero jornal. Con mi sudor solo saco para ir tirando, los únicos que se enriquecen son los señoritos, y tú podías haber

sido uno de ellos. Te juro que no me hubiera importado trabajar para ti, de lo que fuese, y si al principio no me hubieras podido pagar me daba lo mismo. Total, para lo que gano...

—No te esfuerces, yo llevo días intentando sacárselo de la cabeza —dijo mi madre un tanto enfadada.

Con los ataques de mi madre y de Ramón, que por otro lado yo contaba con que me apoyaría, se me había pasado el estado de exaltación, y por una vez no supe que contestar. No dije nada en mi defensa por temor de que mis palabras no fueran bien recibidas o malinterpretadas. Tuve suerte que en ese momento llegó mi hermana y al vernos a los tres tan serios y callados, preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Quién se ha muerto?

—Nadie —le contesté, al tiempo que le enseñé la carta que había recibido, ella la leyó y acto seguido me abrazó.

—No sé por qué estáis así, tendríais que estar contentos —dijo alegremente.

—Y lo estamos —le aseguré con falso convencimiento.

—Pues no lo parece.

—Es que a nuestro hermano no le parece bien.

—Ya sabes que nuestro hermanito mayor es un poco carcamal, no le hagas caso y tú a lo tuyo —hablaba con la alegría de una mujercita que estaba saliendo de la adolescencia.

Poco a poco nos fuimos contagiando de su felicidad, hasta tal punto que Ramón le dijo, al mismo tiempo que reía y la empezó a perseguir:

—Así que soy un carcamal... ¡Pues ahora verás!

Ella corrió por el pasillo, entró en su dormitorio y cerró la puerta tras ella. Mi hermano volvió al comedor, me miró fijamente a los ojos y me dijo con sinceridad:

—David, quiero que sepas que no me opongo a que seas policía o a lo que quieras ser en esta vida, tan solo no me gusta la idea, pero si tú lo deseas, por mí adelante, siempre te apoyaré.

—Gracias, Ramón —respondí emocionado.

III

Mis primeros meses en el cuerpo fueron muy duros. Por una parte, era un novato en prácticas al que nadie quería por compañero. Luego supe que no era por mí, ya que casi todos los veteranos no deseaban que se les asignase ningún novato para hacer sus prácticas, puesto que tenían la obligación de enseñarnos además de realizar su trabajo. Así, fui pasando sucesivamente por varios compañeros y siempre se repetía la misma historia, uno tras otro me iba rechazando, no directamente, ya que no lo podían hacer, pero sí con sutilezas como la de no explicarme nada. Si pasaba algo, ellos se encargaban de solucionarlo y yo tenía que evitar que la gente se entrometiese, de esta forma casi nunca me enteraba de nada.

A Pedro Casas, que también consiguió una plaza, le pasaba exactamente lo mismo. Yo lo soportaba con resignación esperando mi oportunidad de demostrar lo que podía dar de mí. Él no, siempre estaba de mal humor y me llegó a confesar que, si las cosas no cambiaban, abandonaría. Cuando veía su mal talante, yo intentaba aplacarle diciéndole que algún día llegaríamos a ser auténticos policías y que seríamos el terror de los delincuentes. Algunas veces conseguía animarle contagiándole mi buen humor, pero otras veces no.

A mediados de diciembre me asignaron a un nuevo compañero. Se llamaba Antonio, y resultó ser un muy buen compañero, era un veterano con más de veinticinco años en el cuerpo. Debía de estar rondando los cincuenta años. Con él aprendí mucho y siempre tenía una palabra de aliento.

Faltaban dos días para Navidad. Hacíamos nuestra ronda habitual, cuando nos encontramos que los trabajadores de una fábrica de lámparas, situada en los bajos de un edificio de la calle Lauria, estaban en huelga. Por lo que pudimos saber, habían pedido un aumento de la paga semanal para que fuera un jornal merecido por su trabajo. El director, un tal Anselmo Matías, no solo lo había denegado, sino que despidió a los que habían osado pedirle el aumento. El resto de los trabajadores se indignaron y se declararon en huelga, habría unos sesenta huelguistas.

Al ver que podía haber problemas, Antonio telefoneó a jefatura. Comunicó lo que sucedía y pidió que enviaran refuerzos, por si se producía algún altercado. Al principio era una manifestación pacífica, pero siempre tiene que haber alguien que revoluciona al resto y un poco más tarde se pasó de los insultos a los hechos: empezaron a tirar piedras y a romper los cristales de las ventanas de la fábrica. Los transeúntes que circulaban por allí en aquel momento intentaban evitar pasar por donde estaban los manifestantes.

Dos mujeres elegantemente vestidas también quisieron evitar el tener que cruzarse con aquellos manifestantes. La más joven de ellas se torció el tobillo al intentar atravesar la calle. Como estaban cerca de donde yo me encontraba, acudí

inmediatamente a ayudarlas, y en aquel preciso momento estalló un artefacto que hizo añicos los cristales que quedaban de algunas ventanas de la fábrica. Se produjo una lluvia de cristales. Instintivamente, yo intenté proteger a las dos mujeres con mi cuerpo. Por fortuna no nos alcanzó ningún trozo, ni a mí ni a ninguna de las dos señoras. Me percaté de que la que se había hecho la torcedura no podía caminar bien. Le dije que se apoyara en mí, pero ni así consiguió dar un paso. Le pedí permiso y la cogí en brazos, ella me miró a los ojos con dulzura, en un principio creí que era su forma de darme las gracias. Se trataba de una mujer muy joven y bella. Les pregunté adónde querían que las llevara. La mayor de ellas, que era su madre, me dijo que vivían cerca. Antonio me hizo una señal para que las acompañara, que él ya controlaba la situación. Las acompañé a su casa, me dieron las gracias y volví inmediatamente adonde estaba Antonio y los revoltosos trabajadores. Comprobé que ya no estábamos solos, habían llegado los refuerzos y un poco más tarde llegó la guardia de asalto montada. Al cabo de unos minutos, con el fin de disolver la manifestación y que no pasara a mayores, el oficial al mando de la montada dio una orden y los caballos empezaron a andar lentamente hacia los huelguistas, que aún tiraban todo lo que tenían a mano. Al ver que la caballería se les acercaba, se revolvieron hacia los guardias de asalto empezando a tirarles piedras y objetos más contundentes. En ese momento el oficial gritó otra orden e hicieron una carga. Los amotinados echaron a correr en dirección opuesta a la carga de la caballería, aunque no pudieron evitar la carga policial. El resultado fue espantoso, un trabajador murió al ser pisoteado por un caballo y varios resultaron heridos, nosotros tuvimos que proceder a la detención de los más activos.

Siempre creí que todo aquello se podía haber evitado, no hacía falta que la guardia de asalto se empleara tan a fondo. Pensé que con detener a los dos o tres responsables, el resto se disolvería pacíficamente.

Al día siguiente, mientras hacíamos nuestra ronda, se lo hice saber a mi compañero y me contestó:

—Estas cosas suceden a diario. Si los guardias de asalto no actuasen como lo habían hecho, y muchas veces aún más duramente, la ciudad sería un caos. Generalmente, los manifestantes son borreguillos de los organizadores, ya que hacen todo lo que estos quieren. Lo que tú viste ayer es nuestro pan de cada día, siempre hay alguna huelga y siempre es por lo mismo. Un consejo: es mejor que no comentes nada, no sea que te cojan ojeriza y te las tengas que ver con los jefes.

—Gracias por el consejo, te aseguro que te haré caso, pero si algún día puedo, quiero cambiar esta forma de actuar.

—Tu forma de pensar solo te traerá problemas —me dijo muy serio.

Nos habían encargado que aquel día vigilásemos de forma especial la fábrica, así lo hicimos y todo estaba en orden, por decirlo de alguna forma. Aún había restos de cristales esparcidos por la calle. Había varias mujeres contratadas por el dueño de la fábrica que estaban barriendo las aceras. Tuvimos que parar un camión

para que aquellas mujeres pudieran recoger los restos de cristales de la calzada. Unos minutos más tarde y cuando hubieron terminado su cometido, entraron en la fábrica, que tenía las puertas cerradas. Dos vigilantes en la puerta se encargaban de no dejar pasar a nadie. Aquel día acudieron algunos empleados de la fábrica que querían reanudar el trabajo, pero les fue impedida la entrada. Habían colocado un aviso que decía que la fábrica estaría cerrada hasta nuevo aviso. Los obreros se indignaban, pero como no podían hacer nada y, ante el temor de que se repitiese lo ocurrido el día anterior, se resignaban y se marchaban. Aparte de alguna tímida protesta, no hubo más incidentes dignos de mención.

Como todo estaba en orden, Antonio dijo que seguiríamos nuestra ronda y más tarde pasaríamos nuevamente por allí. Estábamos cerca del domicilio de la señorita que se torció el tobillo. Le dije a mi compañero si nos podíamos acercar e interesarnos por su estado. Él me miró y me dijo con sorna:

—¿A que es guapa? —esbozó una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —pregunté extrañado.

—Pues eso, que es una chica muy guapa. No me dirás que no te fijaste, vi cómo la mirabas y creo que a ti te gusta.

—Creo que tienes razón, es una chica guapa, y sí que me gusta. ¿Qué tiene de malo?

—Nada hombre, es natural. Tú eres joven y te iría bien tener una mujer —dijo con cara de pillo—. A ver, ¿dónde vive?

—En la calle Diputación. No me fijé en el número, pero sé dónde es.

Al entrar en el portal, nos encontramos de frente con la portera que el día antes no vi. Lo que no sé es si no estaba o simplemente con las prisas no me fijé.

—¿Adónde van ustedes? —nos preguntó con cortesía y al mismo tiempo con autoridad.

—Buenos días, venimos a ver qué tal sigue la señorita del primer piso —dije.

—¿La señorita Silvia?

—Supongo que sí, pero es que no sé cómo se llama.

—¿Es usted el policía que ayer la salvó? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Supongo que podríamos decirlo así.

—No le quepa la menor duda de que usted la salvó de aquellos incontrolados, solo Dios sabe lo que le hubiera pasado de no estar usted allí. Es la señorita Silvia Martorell y vive en el piso principal primera.

—Gracias.

Mi compañero no paraba de sonreír y yo no sabía qué decir, para mí era una situación muy embarazosa. En aquel momento creí que me había equivocado y que no debía haber ido a verla. Mientras subíamos las escaleras, Antonio me dio varias palmadas de ánimo en el hombro.

Llamé a la puerta y nos abrió una criada.

—¿Qué desean? —nos preguntó muy educadamente.

—Queremos saber cómo está la señorita Martorell —dije con cierta timidez.

—Tiene molestias, pero está bien —respondió.

A sus espaldas se oyó una voz que reconocí al instante, era la madre de Silvia.

—¿Quién es?

—Son dos policías que preguntan por la señorita —respondió la sirvienta.

La mujer se acercó a la puerta y, al verme, nos hizo pasar, y dirigiéndose a mí me dijo:

—Pensará que somos unas desagradecidas, ya que ayer, con la exaltación del momento, no le di las gracias como usted merecía. Pero pasen ustedes.

—No hace falta que nos lo agradezca señora, es nuestra obligación proteger al ciudadano —respondí al tiempo que traspasaba el umbral de su casa.

—Todo lo que usted quiera, pero otro no se habría tomada tantas molestias.

—Le repito que era mi obligación.

—Bien, como usted quiera, pero de todas formas, muchas gracias —me dijo en tono de las que están acostumbradas a mandar y que no admitía réplica.

Por mi parte dejé zanjada la cuestión y no agregué nada más. La señora Martorell nos hizo pasar al salón y nos dijo que nos sentáramos, que su hija saldría en un momento.

—¿Qué desean tomar?

—Nada señora, gracias —respondí.

—Yo me iba a tomar un café, ¿no les apetece?

—A mí me vendría bien un café —respondió Antonio.

—Y usted, joven, ¿también se tomará uno? —preguntó, usando la misma voz autoritaria.

—Gracias, es usted muy amable —ya no me atreví a contradecirla.

—Ahí viene mi hija.

Entró Silvia, llevaba puesto un vestido azul cielo que resaltaba su hermosura. Aún cojeaba y a mí me pareció que la sala se iluminaba de repente, como si hubiera aparecido un ángel. Me quedé atónito e inmóvil y casi no pude articular palabra. Antonio se percató de ello y le preguntó a la joven cómo se encontraba, ella respondió:

—Bien, aún con molestias, pero el doctor Andújar dice que no tengo nada roto y que en unos días estaré restablecida.

—Me parece bien —dije.

—¿El qué le parece bien, que me haya torcido el tobillo o que muy pronto esté recuperada? —dijo ella riendo.

Me di cuenta de que no había sabido escoger mis palabras adecuadamente y quise enmendarlo, pero creo que aún lo enredé más.

—Lamento que se recupe... Quiero decir, que lamento el incidente y me alegro de que pronto esté usted bien.

—Gracias, pero siéntese usted —me dijo sin perder su bonita sonrisa ni por un instante.

Su madre había ido a la cocina a ordenar que sirvieran café para cuatro. Antonio

miraba distraídamente por la ventana como dándome a entender que si le tenía que decir algo que aprovechara el momento, que luego no podría, así que le dije:

—Señorita Silvia, me gustaría, si a usted le parece bien, volver otro día a ver qué tal sigue.

—Cuando usted quiera, pero si quiere verme antes, le diré que esta noche asistiremos a la Misa del Gallo que celebran en la catedral —me susurró para que solo yo pudiera oírla.

—Iré, se lo aseguro.

No pude decir nada más, volvió la señora Martorell y un poco más tarde la criada sirvió el café. Nos lo tomamos, y finalmente nos excusamos y nos marchamos, no sin antes desearle una feliz recuperación.

¿ESTÁS DISFRUTANDO DE LA LECTURA?

David Torres acaba de conocer a Silvia, quien jugará un papel de vital importancia, a la vez que inicia su carrera en el cuerpo de policía. Todavía no sabe que está a punto de enfrentarse a uno de los casos de homicidios más difíciles y sangrientos que mantendrán al país en vilo: el *asesino cobarde*. Una oleada de movimientos políticos desembocará en una época oscura como España jamás ha conocido. Sigue la lectura y revive junto a David las cruciales decisiones que cambiarán el rumbo de su vida y de un país entero. ¡Haz click en los enlaces!

El Silencio de la Libertad

Libro en papel

<https://amzn.to/3SBhvoA>

E-book

<https://amzn.to/3TADKw5>

DESCUBRE OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



<https://amzn.to/3D8X0Kh>



<https://amzn.to/3D9WJGR>

ACERCA DEL AUTOR



J. S. Baños (Barcelona, 1948-2021) no empezó su carrera literaria hasta 2006, año en que se jubiló como banquero y empieza a escribir sus primeros relatos.

A su primer libro, *El Enigma de la Editorial*, le siguió una segunda parte titulada *El Asesino del Dominó*, convirtiéndose este último en su primer libro publicado por una editorial alemana en 2012.

Cuatro años después, ambos libros se reeditan y se publican, siendo *El Enigma de la Editorial* su segundo libro publicado. Ambas publicaciones forman parte de la saga *Richard McKees*, un escritor rodeado por el misterio y los casos policiales más difíciles de resolver que acontecen en Barcelona.

En 2017, se publica su tercer libro, *El Silencio de la Libertad*, que cambia la trama policial de las dos primeras novelas por una ambientación histórica en el contexto de la Guerra Civil Española. En ella, David Torres narra sus vivencias durante los años más difíciles que experimentó España desde un punto de vista inesperado.

En 2022, un año después del triste fallecimiento del autor, se reeditan al completo los tres libros a título póstumo bajo el proyecto Belaontzi, en el que nace un sello editorial con el fin de preservar la memoria y legado de J. S. Baños, así como para descubrir e impulsar nuevo talento en el mundo literario.